

DAVID WOLF SILVERMAN

David Wolf Silverman pertenece a la Young Men's Philanthropic League. Es profesor asistente de Philosophies of Judaism en el Jewish Theological Seminary.

Ningún judío de mi generación puede olvidar o descartar al Holocausto. El paño mortuario de su acontecer cuelga sobre nuestras vidas y periódicamente oscurece nuestras esperanzas. Ningún judío de mi generación puede leer las especiales oraciones conmemorativas en el Día del Perdón, sin entrometerse cuando el chantre rememora a los que tuvieron una muerte "cruel y anormal". Las olas de la conmoción física sufridas por cada judío formal y muchos judíos indiferentes son sentidas aún. Todavía hoy, no es entendido o concebido qué hondo y extensamente fueron afectados los judíos. Es sin embargo, una suposición justificada que sus ecos y repercusiones constituyan antecedentes eficaces para casi todo lo que sucede en la vida judía.

En el plano histórico humano, el Holocausto es por lo tanto una fuerza viviente, que está infortunadamente, confinada a la reminiscencia judía. El sacudimiento de espanto que se apoderó de la conciencia judía durante el no lejano incidente de Enttebe, en que los judíos fueron separados por los terroristas de los no judíos, es consecuencia directa de la presencia viva del Holocausto. Las tres décadas que separan al cadalso de Auschwitz (donde el Dr. Mengele, el ángel de la muerte, seleccionaba judíos para la cámara de gas) de la terminal aérea de Enttebe, se conectaron en un instante. A mi juicio fue este acto de "selección" que finalmente determinó a los líderes del Estado de Israel a emprender la arriesgada operación de rescate. La posibilidad de una repetición del Holocausto, aun en forma minúscula, no podía más ser tolerada ni sufrida.

El Holocausto, por lo tanto, no es un plano de referencia inerte, sin vida, concluido. Su impacto es inmediatamente reconocible en un país donde vive la mayoría de los sobrevivientes de los campos de la muerte, el Estado de Israel. E incumbe a éste y a la condición del pueblo judío anterior a su nacimiento, que los judíos hagan patente su alarma por la reacción o falta de reacción. Nuestra angustia, compuesta a veces de cólera, tiene una doble acometida, una dirigida hacia el pasado y otra apuntando al presente. Por otra parte no podemos comprender el silencio del mundo durante el trauma de los campos de muerte. Aun, más horriblemente, las decisiones deliberadas de los líderes aliados de no bombardear las vías que conducían a Auschwitz y otros campos, nos llevan a creer que las vidas judías fueron y todavía son "expendibles".

Hemos hablado de este período como uno de los del silencio de Dios. Más pertinente y para una mayor angustia es el silencio del mundo. ¿Cómo podemos enfrentar el silencio del mundo ante los cientos de miles de evitables e innecesarias muerte? El "mientras seis millones morían" de Arthur Morse, una ácida acusación a la pasividad del mundo ante la desgracia,

sugiere que Hitler contó con esa desestimación de las muertes judías, como mandato de apoyo a sus planes de genocidio. ¿Qué es lo que hizo posible tal pasivo consentimiento? ¿Cuáles fueron los factores que envueltos en la política, en los procesos políticos y en la postura del cristianismo hacia los gobernantes, condicionaron que el reinado del Holocausto ocurriera y se prolongara por cinco rotundos años? Esta es la pregunta que yo presento en un plano puramente humano frente al pasado. No soy historiador de vocación ni político de oficio. Pero si debemos prevenir cualquier Holocausto del futuro, debemos estar enterados de las respuestas que historiadores y políticos están en condiciones de dar a las preguntas bosquejadas. Hasta donde la comprensión del pasado alcanza todo está a favor. Pero la comprensión no es acción. El llamado al arrepentimiento, teniendo responsabilidad, aun generoso, no nos dice actualmente qué se debe hacer. Si los cristianos se limitan a llamados tan sólo para la contrición, el mundo seguiría cautivo de robustos pecadores disfrazados de santos. La cuestión que presento para discutir es: ¿qué tiene el cristianismo que decir acerca de la administración del poder? Bonhoeffer es, a mi modo de ver, un excelente caso a ese propósito. No se tiene de sus escritos una imagen clara de cuál tipo de acción recomendaría ahora, pero sí de lo que piensa si lo ubicamos dentro del contexto de lo que escribió. Porque en la Alemania nazi y en toda Europa de 1930, el papel cristiano fue a lo sumo el de un sufrido testigo. Bonhoeffer vivió su papel. Para él significó revivir la pasión de Cristo. Cuando ya nada queda para el cristianismo, este rol persiste. Pero tratamos de prevenir la repetición de la impotencia judía. ¿Cómo encara entonces el cristianismo el problema del poder? Hasta ahora me he referido al pasado. La realidad actual es aún más acuciante. Histórica y teológicamente Auschwitz no está aislado. Está asociado con el nacimiento del Estado de Israel. Pero de ninguna manera considerado como compensación del Holocausto. Tal significación sería blasfemia. No hay otro acontecimiento nodal en la historia judía en que la matanza de millones de seres en las más abyectas y degradantes circunstancias, estuviera vinculado temporalmente con los más intensos y enérgicos esfuerzos con un nuevo comienzo. Es por eso que los judíos reaccionaron tan enérgicamente al episodio infamante de la resolución de la U.N., que equiparaba al sionismo con racismo. Para nosotros el escarnecedor silencio de 1940 fue simplemente transportado al degradante discurso de 1975.

La vacilación de muchas sectas cristianas en tomar una posición franca en este asunto es un reflejo de la ambigua actitud de muchos cristianos sino de la mayoría, de cuestiones de poder. Para un judío religioso, Israel representa un intento de concretar el judaísmo en la estructura política y social de una escarnecida comunidad. Israel no es la respuesta a la agonia de Auschwitz, pero la más viable contestación que los judíos han hecho y pueden hacer al Holocausto es: "No he de morir sino vivir".

Los judíos querrían que sus amigos cristianos entendieran al Estado en este aspecto y no simplemente como "parte del problema del Medio Oriente". Creo que tales consideraciones son parte de lo que el Dr. Brown ha referido como cuestión de responsabilidad.

El misterio de la perversidad es de profunda angustia por el ultraje de Auschwitz. Pero, según mi juicio, no se ha transformado con eso en un

suceso cualitativamente único. De ser así no habría tenido respuesta. Hubiera reinado sólo la desesperación. Vemos en las obras de Wiesel una disputa con Dios con una dialéctica de rechazo. El hombre rechaza a Dios a medida que Dios rechaza al hombre. La fe se pierde, se recupera y se vuelve a perder. Pero no todo sobreviviente perdió su fe como resultado del Holocausto. Ni tampoco cada uno de los que perecieron. Los judíos iban a las cámaras de gas cantando *ani maamin* (creo con toda mi fe).

Del heroísmo de las religiones hay un ejemplo, dado por la cuestión planteada por un judío anónimo al fallecido R. Meisels¹. Era en 1942, ambos en Auschwitz. Los S. S. nazis habían decidido que todos los muchachos judíos menores de 14 años no aptos para trabajo de esclavos, debían ser enviados a la muerte. La selección se hizo mediante una vara horizontal clavada en una vertical. Todos los que no tocaban la horizontal eran enviados a barracas especiales, sin agua ni alimento y luego por la noche al crematorio. Los más bajos que intentaban alcanzar la altura, caminando en puntas de pie, eran golpeados por los guardias hasta que morían. Así algunos cientos de jóvenes fueron reunidos en el edificio y luego de ser contados por los S. S., pasaron a ser vigilados por los kapos, la policía judía.

Los padres aterrorizados que poseían algún dinero o pequeñas joyas, trataban de sobornarlos para liberar a sus hijos. Los kapos no podían prestarse porque respondían con su muerte por la diferencia que hubiera habido en el número de jóvenes condenados ya contados por los S. S. La posibilidad era sustituir al joven del soborno por uno exceptuado de la muerte. Y así este judío de Oberland acudió a rabí Meisels. Mi hijo único al que quiero como a la vida misma, le dijo, ha sido llevado a las barracas. Puedo sobornar a los kapos y salvarle la vida, pero algún otro muchacho judío deberá morir por él. ¿Cuál es la ley de acuerdo a la Torá? ¿Puedo salvar a mi hijo único o debo dejarlo morir? Rabí Meisels hizo lo posible por eludir la cuestión. No podía dar ninguna respuesta. Y contestó: querido amigo, el Sanedrín mismo habría ponderado profundamente por semanas esta actitud. Estoy en Auschwitz sin otros rabinos para consultarlos, sin libros, sin textos, ¿cómo puedo dar una respuesta? El desconocido contestó: si usted no me responde porque quizá teme dar la respuesta, significa que me está prohibido el rescate de mi hijo. Por eso quiero que sepa que acepto plenamente la disposición de la Torá con alegría. Mi hijo irá a la muerte, pero no violaré la ley. Así como en Rosh Hashaná es leída la historia de la *akeidá*, la atadura de Isaac, estoy yo listo para seguir los pasos de nuestro padre Abraham y en ese día ofreceré a mi hijo como mi *akeidá*.

Esta historia ¿no debe despertar nuestra imperecedera admiración, en la misma medida por lo menos que los debates angustiosos con Dios, que caracterizan las historias de Wiesel?

Fackenheim y Wiesel aseguran que el Holocausto fue cualitativamente único. Esto significa que superó toda persecución pasada. Sin embargo los judíos del siglo xv sufrieron la expulsión de España como única y, según palabras de uno de los líderes pensadores —Don Isaac Abravanel— equivalente a la salida del jardín del Edén de la primera pareja humana.

El Holocausto en el alcance de cuánto diezmó, excede toda persecución pesada. El único argumento de Fackenheim por la existencia del "mal demoníaco fundamental", es que los nazis deliberadamente comprometieron su propio esfuerzo de guerra en el frente ruso, distrayendo material rodante hacia los campos de muerte. Se debe recordar sin embargo, que una de las primeras metas de los nazis, fue despojar a Europa de sus judíos. No hubo contradicción al desviar ferrocarriles a los campos. No puedo por eso, aceptarlo como argumento suficiente para la diferencia cualitativa entre el Holocausto y las persecuciones anteriores. Es difícil y doloroso pensar hoy en Dios como en la época de la destrucción del Segundo Templo.

El Holocausto, pienso, descartó el uso fácil de la omnipotencia como atributo de Dios². Después de Auschwitz, podemos afirmar con mayor energía que antes, que un Dios omnipotente tendría que ser sadista o ininteligible totalmente. Pero si Dios ha de ser inteligible de alguna manera, con cierto alcance —en lo que me mantengo firmemente— entonces Su benevolencia debe ser compatible con la existencia del mal, esto solamente si El no es todopoderoso. Entonces podemos afirmar que es inteligible y bueno y que aún hay maldad en el mundo.

A través de una autolimitación, Dios reconoce en el hombre un ser con propio derecho, que tiene la facultad de actuar por propia autoridad, aun contrariando la voluntad y el plan de Dios. Tan pronto como el hombre está en la historia, Dios está en peligro. Tiene esta amenaza, porque se ha arriesgado por la libertad del hombre. El ha delegado parte de lo que fue Su omnipotencia anterior al mundo, en los seres humanos. Así decidió el respaldo de Su auto-satisfacción por su propio ilimitado poder previo. Al hacerlo, puede optar también por no interferir el curso físico de los acontecimientos "con mano fuerte y brazo extendido" y ceder al hombre, todo el peso de la responsabilidad por sus acciones. Puede retirarse y ocultar Su rostro.

El Holocausto reveló las profundidades en que se hundió el hombre y el grado en que Dios se retiró. ¿Nos atreveremos a no afirmar que el establecimiento y preservación de Israel es un gesto de Dios en medio de su silencio?

Traducción: Dr. José Kaplan

NOTAS

¹ Debo este ejemplo a N. Lamm, "Teaching the Holocaust", Forum, Summer, 1976. Aunque la veracidad de este episodio está expuesta a ser cuestionada, la intención del cuento es verdad.

² Creo que esta posición teológica está sostenida en común por Heschel y Hartshorne.